

ISBN: 978-950-33-1669-6

Edición de
MARÍA BELLA
EUGENIA CELIS
LILIANA PEREYRA
FLORENCIA RAVAROTTO KÖHLER
EMMA SONG



Haciendo Cuerpos. Gestión de Vidas

Haciendo Cuerpos

Gestión de vidas

Edición de:

María Bella

Eugenia Celis

Liliana Pereyra

Florencia Ravarotto Köhler

emma song

Colecciones
del CIFYH



Haciendo cuerpos: gestión de vidas/ emma song ... [et al.]; editado por María Bella... [et al.]. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1669-6

1. Sexualidad. 2. Estudios de Género. I. song, emma. II. Bella, María, ed.

CDD 306.7601

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición

• •
Área de
Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Imagen de portada: Las portadas fueron elaboradas en base a diseños de emma song

2022



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Registrar otros modos de guarecer Algunas preguntas en torno al cuidado desde “Desarticulaciones” de Sylvia Molloy y un ejercicio de archivo

Ana Julia Crosa*

—¿Por qué debería casarme? Me gusta la vida tal y como es.
¿Para qué necesitaría una mujer? (...) ¿Y qué hay de bueno en una mujer?
—La mujer es una trabajadora. Es la sirvienta del hombre.
—¿Pero para qué necesitaría una trabajadora?
—Por ejemplo, si quieres que te saquen las castañas del fuego...
—Bueno, si es así, entonces cástate conmigo.

Iván Turgueniev

*Entonces, hablar de identidad supone para mí una ambigüedad,
una paradoja en la que me muevo dilemáticamente,
en la que soy reconocida y al mismo tiempo me desconozco [...].
Soy lesbiana tortillera torta trola marimacho chonga
porque decido que esa palabra [...] atraviese mi cuerpo,
lo sacuda, y como una “posesa” expulse una vida
construida a la medida de mis deseos*

val flores

*Somos desertoras de nuestra clase, como lo eran los esclavos americanos
fugitivos cuando se escapaban de la esclavitud y se volvíen libres. [...] Y esto sólo puede lograrse por medio de la destrucción de la heterosexualidad
como un sistema social basado en la opresión de las mujeres por los hombres,
un sistema que produce el cuerpo de doctrinas
de la diferencia entre los sexos para justificar esta opresión*

Monique Wittig

Este texto es una construcción de preguntas que fueron emergiendo a lo largo de un tiempo complejo, de cambios turbulentos, de búsquedas diferentes. Implica un entramado de des-encuentros con otr*s sig-

* Centro de Investigaciones de la FFyH, UNC.
Correo electrónico: anajcro@gmail.com

nificativ*s, un ejercicio de memoria y registro retrospectivo, y de algún modo, una suerte de comunidad poética convocada más allá del aquí y ahora (Dinshaw, 2015).

Donna Haraway señala que “importa qué materias usamos para pensar otras materias; (...) qué lazos enlazan lazos” (Haraway, 2019: 35); así pues, en el año 2015 cursé el seminario *Haciendo cuerpos, gestión de vidas* en la FFyH, en ese momento indagué acerca del suicidio como agencia y los límites entre posesión/desposesión de los cuerpos, a partir de una obra de teatro “Nada del amor me produce envidia”. Al final del texto se abrió la interrogación sobre la responsabilidad ético política ante es*s otr*s que nos desposeen (Butler, 2009) en detrimento de las formas individualistas de gestión de los cuerpos, tan propias del neoliberalismo. En tal sentido, en las siguientes páginas pensaré el cuidado como práctica cultural y objeto de afectos políticos (Ahmed, 2015) alrededor del relato *Desarticulaciones*, de Sylvia Molloy (2010) y de un ejercicio de registro de mi trabajo como cuidadora, procurando abordarlos como archivo afectivo (Cvetkovich, 2003). Asimismo, me preguntaré acerca de la heterosexualidad como vector a problematizar en torno al cuidado como praxis política. De este modo, analizaré el cuidado en tanto construcción de saber “porque no hay saber que no sea político” (Giorgi, 2017: 10), e indagaré acerca del “entre” del cuidado, como trazos para repensar esta práctica política desde otras lógicas tales como la interdependencia (Butler, 2010), el fracaso queer (Halbertam, 2018) y la poética lesbiana (flores, 2017).

¿Quién puede cuidar? ¿Cómo pensar en modos de ampliar los límites de los cuidados, los alivios, los placeres en un marco de inherente precariedad que supone la interdependencia? ¿Cómo saber cuidar en los márgenes de la heterosexualidad?

Archivos de cuidados

Operar poéticamente es hacer del pensamiento una provocación permanente,
inmiscuirse en las turbulencias de lo que (me) está pasando,
abandonarse al tránsito de la vida practicando una política del detalle.

val flores

Haber sido diagnosticada como mujer desde mi nacimiento hace suponer que seré idónea para determinadas tareas que seguramente ni siquiera son ofrecidas a alguien leído como varón. Al quedar desempleada hace un par



de años, mientras terminaba la licenciatura, las posibilidades de trabajo (precarizadamente) remunerado que me llegaron casi en su totalidad tuvieron que ver con tareas de cuidado: acompañamiento no terapéutico de una persona mayor, niñera, limpiadora, cocinera, etc. Las tareas de cuidado que implicaban un vínculo con otra persona como las primeras dos que enumeré constituyeron un desafío para mí que me abrió a la pregunta sobre el cuidado como un saber político.

Digamos que aprendí a acompañar a N de 86 años cada día que efectiva y materialmente la acompañé en su miedo a andar sola, en su vergüenza a usar bastón y “parecer vieja”, en su carácter algo cambiante y caprichoso atendiendo a cada una de las indicaciones meticulosamente, en sus vínculos con odontólogos, trabajador*s de Pami, personal farmacéutico y de pañaleras, kioscos de la zona, y en la osadía de fumarse medio cigarrillo a escondidas de su propia culpa; así como en su entusiasmo de participar de un taller de poesía y de algunas de sus clases de gimnasia a la siesta. Muchas veces sentí hartazgo, cansancio, displacer. Otras, me divertí, aprendí de N, compartí meriendas, me sentí también cuidada.

Recuerdo que una vez, mientras esperábamos el verde del semáforo para cruzar y ante su pregunta por mi novio, decidí contarle que soy lesbiana. Ella me dijo que lo que más le preocupaba de eso es que no iba a tener hij*s para que después me cuiden. Me quedé pensando en las contradicciones y ataduras que conllevaba esa “preocupación”: me lo estaba diciendo alguien con una elección de vida heterosexual, con hijos, que estaba siendo cuidada por una lesbiana que probablemente si tuviera hij*s quizás no estaría allí –o sí-. Aunque no negaré que la familiarización de los cuidados supone un problema, en particular para la vejez de las personas LGTTB+ no reproductiv*s.

Cuando decidí dejar ese trabajo experimenté mucha culpa, sentí que estaba mal abandonar la tarea, como si la estuviera abandonando a ella en ese movimiento. Fue a raíz de una hernia de disco en mi columna que empecé a faltar, en medio falleció mi abuela inesperadamente siendo casi diez años menor que N. Con el paso del tiempo sentí alivio por no presenciar el deterioro de N y por quedarme con buenos recuerdos de ese vínculo. Además, a veces me cansaba la demanda y me daba bronca cierto dejo de fascismo en sus comentarios. Tratábamos de no tocar algunos temas que pusieran en evidencia nuestras diferencias políticas. Al fin y al cabo, ella necesitaba el cuidado, yo necesitaba el dinero.

Las tareas de cuidado constituyen un trabajo que en el mejor de los casos involucran una transacción económica pero también un alto grado de implicancia emocional. Pascale Molinier (2018) expresa que la noción de cuidado no solo abarca una suma de actividades ajenas, sino también una serie de estados físicos y mentales. Es decir que implica no sólo cierta capacidad corporal (McRuer en Canseco, 2020), sino además, una dimensión afectiva. El cuidado supone una promesa de vínculo.

Puedo decir que la recuerdo con cariño y a la vez no la extraño. No estoy segura de que ella se haya encariñado conmigo, supongo que le era de utilidad mi compañía. Igualmente quién sabe. Hace poco pasé por la puerta de su edificio y miré hacia su ventana en el primer piso, me sorprendí al ver un cartel de alquiler, temí saber de su muerte. Averigüé con una amiga en común de su nieta y supe que está viviendo en un geriátrico a partir de la situación de pandemia Covid-19. Está bien, me dijo. Volví a sentir alivio.

No me extenderé demasiado en el análisis del contexto reciente y la centralidad de las prácticas de cuidado. Sí traeré a partir de este episodio de la ventana de N. la reflexión sobre la distribución diferencial de la experiencia de vulnerabilidad. Y con eso, la evidencia de interdependencia que nos coloca ante la conciencia de finitud por la posibilidad concreta de la muerte. Siempre fuimos mortales, pero ahora lo sabemos un poco más. La muerte se hizo presente en números, riesgos, probabilidades, comorbilidades, protocolos de *triage*, cargas virales, cepas, duelos, soledades, miedos. La interdependencia evidente nos colocó a algún*s de un “lado” u otro del riesgo o experiencia de contagio; y a otr*s, ante el final de la vida. E incluso ante la posibilidad de que el cuidado tal como está configurado (el cuidado también es producción para la supervivencia), implique el riesgo de contagio que supondría la muerte, tanto de quien cuida como de quien es cuidado*.

El tiempo que trabajé en el cuidado de M desde sus 3 a 4 años de edad fue un poco más difícil para mí, (espero que no tanto para ella). Nos fuimos conociendo de a poco. Cuando empezamos el vínculo M aun no controlaba esfínteres y yo no tenía mucha experiencia de compartir con niños*. M era seria y a veces tenía ataques de llanto que no entendíamos, me acercaba y le preguntaba qué le pasaba, por qué lloraba y ella me contestaba que no sabía, que se sentía triste, entonces le hacía upa para abrazarla y así fuimos aprendiendo la confianza. Poco a poco inventamos estrategias

para usar el inodoro y a fuerza de preguntarle por meses hasta el hartazgo si quería hacer pis, un día me avisó que quería ir al baño. Entre medio, el “trabajo sucio”¹ esperable. A veces ambas nos aburríamos. A veces nos “contagiábamos” el mal humor. Otras veces bailábamos o compartíamos algún juego que alguna de las dos inventaba.

Después de las vacaciones de verano volví a cuidarla y me encontré con una niña de cuatro años cambiada, sin ataques de llanto y con cierto sentido del humor. Le gustaban los cuentos de terror y había incorporado a la figura de “la niñera” en el juego de muñecas: era la Barbie princesa Elsa, de la película Frozen, con el vestido celeste y el pelo platinado bastante revuelto después de desarmar la trenza e intentar otros estilos una y otra vez. Ahora vivía sólo con su mamá y también con un conejo pequeño que le huía bastante cada vez que lo quería alzar.

Había que aprender de nuevo, tanto ella como yo.

Me gustaba llevarla al jardín por compartir el camino y la previa en la entrada. Allí, mientras caminábamos las cuatro cuadras por el barrio, por lo general surgían las preguntas y las respuestas más interesantes. M no solía preguntar por novi*, sí me preguntaba si tenía abuela. Siempre que me hablaba de su abuela que vivía en otra provincia, se detenía e indagaba si yo también tenía un vínculo así. Le contestaba que sí y me preguntaba por el nombre, yo le decía “E” y creo que quedaba conforme.

No sé si más adelante en el tiempo M se acordará de todas sus niñeras temporales. Quién sabe. Recuerdo a M como un desafío, un aprendizaje, un saber construido en el cotidiano.

Esta construcción de saber, generalmente destinada a cuerpos feminizados, no está dada de antemano, tal como plantea Haraway existe una relación ética que hace de los vínculos de cuidado y del saber cuidar a otr* una construcción cauta y lenta, con progresos y retrocesos; y a veces sin solución de continuidad. Dice Haraway:

La clave está en el reconocimiento de que uno no puede conocer al otro o a sí mismo, sino que tiene que preguntar constantemente quién y qué está

¹ Sobre este término reflexiona Molinier (2018 b) problematizando en tanto se presupone una categoría “indigna”. La autora, tomando las voces de las cuidadoras, incorpora el contenido ético de las tareas que a veces implican acciones consideradas degradantes, pero que son insoslayables para el sostenimiento de una vida y para la recreación de un mundo más vivible.

emergiendo en la relación (...). Creo que todas las relaciones éticas, dentro de una especie o entre especies, están tejidas con el fuerte hilo de seda de la precaución continua con la otredad dentro de la relación (2017:56)

Elegí *Desarticulaciones* (2010) de Molloy para leerla como un archivo (o "registro", como dice la narradora) de una constelación de emociones que se pegan al cuidado. Un vínculo de cuidado que se articula a la vez que se va desarticulando la memoria y el cuerpo de M.L, producto de la enfermedad de Alzheimer que la atraviesa; un vínculo de cuidado entre lesbianas que compartieron una parte de la vida, que se convirtieron en otras significativas y testig*s del archivo afectivo compartido, más allá de la denominación del vínculo o de las transformaciones en las configuraciones sexo afectivas, una pequeña comunidad de amantes.

Escribo esto luego de acompañar a C (la persona con la que más comparto sexo afectivamente en este tiempo) a llevar una muda de ropa y una bolsita con pequeños detalles para una de las personas con la que compartió en otro tiempo de su vida como pareja, que está momentáneamente internada en un hospital monovalente. Muchas veces quienes elegimos no formar una familia heterosexual quedamos solas con respecto a recibir cuidados y por eso conformamos otras redes por los márgenes del sistema heterosexual para preservar nuestras vidas, otras redes que también elegimos.

Quizás porque muchas de las lesbianas hemos sido socializadas como mujeres, se nos lee disponibles para el cuidado de otros, generalmente ubicados en el centro del sistema sexo género (Rubin, 2018). Al respecto de estos procesos de sexuación, Monique Wittig presenta a Collette Guillaumin, con quien ha pensado colectivamente:

Es más conocida por haber definido el doble aspecto de la opresión de las mujeres: la apropiación privada por un individuo (marido o padre) y la apropiación colectiva de todo un grupo —incluyendo las personas solteras—por la clase de los hombres. En otras palabras, la «sexuación». Si no estás casada, tendrás que estar disponible para cuidar a los enfermos, a los ancianos, a los débiles (como hacen las monjas y los trabajadores voluntarios), con independencia de que pertenezcan o no a tu familia (Wittig, 1992, p.17).

Entonces ¿Qué tan al margen de la heterosexualidad habitamos las lesbianas cuidadoras? ¿cómo opera la sexuación en las lesbianas cisgénero? ¿cómo construir dinámicas de cuidados al margen de la heterosexualidad? ¿cómo nos hacen cuidador*s? No pretendo brindar respuestas a estas preguntas, expongo los interrogantes con los que escribo hoy y los que me devuelven los textos que se traman entre estas palabras.

Monique Wittig, desde su “materialismo lesbiano” piensa a la heterosexualidad como un régimen político basado en un contrato del que las lesbianas² quedarían por fuera como “desertoras de nuestra clase, como lo eran los esclavos americanos fugitivos cuando se escapaban de la esclavitud y se volvían libres” (Wittig, 1994:43), es decir, por fuera de la relación de servidumbre justificada por la división sexual entre varones y mujeres. Sin embargo, aclara en una nota al pie: “Utilizo el término «sociedad» en un sentido antropológico amplio, pues hablando en propiedad no se trata de «sociedades», dado que las sociedades lesbianas no existen de forma completamente autónoma, al margen de los sistemas sociales heterosexuales” (Wittig, 1994:31). El pensamiento de la autora resulta clave a la hora de pensar el trabajo de cuidado y las lesbianas como sujetos políticos, de tal manera que se puede ser fugitiva del contrato heterosexual, pero se sigue existiendo-resistiendo en los bordes de ese sistema capitalista, neoliberal, cis, capacitista, blanco, adulto y urbanocéntrico.

¿Es posible imaginar una práctica de cuidado por fuera de la domesticidad, en los márgenes del sistema heterosexual? y en este sentido ¿qué afectos circulan alrededor del cuidado lesbiano? ¿cómo construyen el saber-cuidar las lesbianas que cuidan?

Des-articular

En *Desarticulaciones*, se construye un relato de encuentros entre la narradora y M.L, quienes comparten un vínculo y un archivo sexo afectivo y donde una de las dos queda atravesada por el Alzehiner. A partir del registro cotidiano de la memoria-desmemoria se arma un relato afectivo, que intentaré leer como archivo de cuidado.

² Wittig piensa a las lesbianas como sujeto político. En este texto, con “lesbianas” se pretende evocar también a otros cuerpos-identidades lésbicas, no binari*s, cis y trans, queer que se encuentran en los bordes de la heterosexualidad como régimen político, que han sido leídas y socializadas como mujeres.

El texto, en el inicio, da cuenta del sentido de ese archivo:

tengo que escribir estos textos mientras ella está viva, mientras no haya muerte o clausura, para tratar de entender este estar/no estar de una persona que se desarticula ante mis ojos. Tengo que hacerlo así para seguir adelante, para hacer durar una relación que continúa pese a la ruina, que subsiste aunque apenas queden palabras (Molloy, 2010: 9)

Cvetkovich en "Un archivo de sentimientos", citando a Laurent Berlant dice que le interesa de este modo, "apoyar formas de vida afectiva, erótica y personal que son públicas en el sentido de accesibles, disponibles para la memoria y sostenidas a través de la actividad colectiva" (Laurent Berlant en Cvetkovich, 2003:26), como un modo de dar cuenta de las prácticas que constituyen la cultura queer. Si bien Molloy no habla de culturas lesbianas o queer, su registro cuidado del cuidado de M.L se constituye ante mi lectura como un archivo de esa cultura, de esas prácticas en los bordes de la heterosexualidad.

La narradora expresa que "no quedan testigos de una parte de mi vida, la que su memoria se ha llevado consigo" (Molloy, 2010:22). Parafraseando a Butler y a Cavarero, estamos irremediabilmente narradas por otr*s. La autora desgana página a página un vínculo que no solo sostiene a un* otr*, sino que la sostiene a ella misma en ese lazo, y esta breve oración lo deja en evidencia: una parte de la vida se desarma, dependemos de ese relato de l* otr* para no "perder pedazos", para no deshacernos y, sin embargo, es* otr* que nos relata también nos desintegra (Butler, 2006). Se lee en el texto:

Ayer descubrí que me había vuelto aún menos yo para ella. La llamé y a pesar de que L. le pasó el teléfono diciéndole quien llamaba me habló de tú –de tú y no de vos– durante la conversación. Fue una conversación cordial y eminentemente correcta en un español que jamás hemos hablado. Sentí que había perdido algo más de lo que quedaba de mí (Molloy, 2010:37)

En otro momento del relato ("Hoy"), hay un intento por ubicar a l*s lector*s temporalmente, sin embargo la narradora aclara: "¿pero qué es "hoy" para ella?" (Molloy, Op. Cit. 25). Más adelante la narradora comenta la imposibilidad de M.L para escribir y que eso la hace recurrir a viejas notas guardadas de otro tiempo para poder evocar su trazo: "pedacitos de letra que recuerdan que una vez estuvo" (Molloy, Op. Cit. 41) ¿Es la



capacidad de reconocer el mismo presente lo que nos posibilita compartir el mundo con otr*s? Si cuando escribía estuvo, ¿ahora ya no está? ¿cómo opera la temporalidad en nuestros vínculos de cuidado? ¿qué constituye el hoy de la escritura lesbiana?

El ejercicio de imaginar un tiempo otro a través del trazo de M.L posibilita el encuentro, la alianza con las que fuimos y con las que estamos siendo más allá del aquí y ahora del tiempo heterolíneal. Según Dinshaw es posible imaginar comunidades a través de la historia:

Esa capacidad profunda de imaginar resulta crucial para pensar el sexo y la sexualidad de manera diferente. Sugiere un uso de la historia para desenmarañar supuestos sobre los modos en que los cuerpos existen en el espacio y el tiempo, supuestos vinculados al modo en que son producidos y constreñidos. Y puede ayudarnos a conceptualizar comunidades que se extienden más allá del aquí y ahora (Dinshaw, 2015:371)

En esta misma línea, María Victoria Dahbar (2020) se pregunta por los marcos temporales que operan también en la constitución de un nosotr*s. Y escribe acerca de la potencia de imaginar una temporalidad queer:

La temporalidad queer resulta una figuración potente, porque al destacar la falla, destaca también la permeabilidad de las categorías temporales mejor abonadas y ofrece la posibilidad de pensar en simultaneidades, en la intrusión de una época en otra, o en las versiones minoritarias de las normas temporales que disputan su legitimidad (Dahbar, 2020:15)

Las notas viejas de M.L parecen interrumpir en el “hoy” de la narradora, posibilitando otro momento intruso, anterior. Una comunidad de amantes ajena al “presente” que puede escribir sus nombres propios –porque recuerda cómo hacerlo–, una melancolía que se hace evidente en el registro del cuidado que construye Molloy. Una comunidad de cómplices que se atreve a enredar los tiempos, a jugar con las temporalidades para posibilitar un entre:

No puedo acostumbrarme a no decir “te acordás” porque intento mantener, en esos pedacitos de pasado, los lazos cómplices que me unen a ella. Y porque para mantener una conversación –para mantener una relación– es necesario hacer memoria juntas o jugar a hacerla, aun cuando ella –es decir, su memoria– ya ha dejado sola a la mía (Molloy, Op. Cit.:33)

Melancolizar

En otro momento Molloy escribe: "Ayer fue por alguna razón una visita patética, es decir, yo me quedé melancólica. Son los únicos sentimientos de los que puedo dar cuenta" (Molloy, 2010: 29). Melancolía es el afecto que la autora decide evocar para pegar al objeto cuidado. En este sentido, desde el giro afectivo (Ahmed, 2015; Cuello, 2019) se ha pensado a los afectos tradicionalmente considerados como "negativos" o incluso "patológicos" -en particular en el campo psi- para abordarlos como políticos, posibilitadores de otras configuraciones afectivas, de otros horizontes vitales menos restrictivos y quizás más creativos. Eduardo Mattio (2018), incorpora el pensamiento de Jonathan Flatley para trazar la melancolía "fuera del discurso médico, asumirla no como un estado en el que se cae sino como una acción que se realiza -melancolizar-, permite hacer comunidad con otr*s melancólic*s que comparten una misma atmósfera afectiva" (Mattio, 2018:3). Es decir, aquellas melancolías "no depresivas" que hacen posible otras miradas -políticas- sobre el mundo.

En *Desarticulaciones*, el ejercicio de melancolizar las notas viejas crea una comunidad atemporal que le posibilita a la narradora no sentirse tan sola frente a la práctica de cuidado de M.L. El juego de evocar una historia juntas, el nombre propio escrito de puño y letra por M.L hace posible el vínculo de dos personas que están por fuera del tiempo normativo, una por falta y otra por exceso de recuerdos.

Sylvia Molloy manifiesta en su registro la soledad de la memoria. La narradora ha quedado sola recordando, siendo testig* de una lengua común que ya no hablarán. También da cuenta de la tristeza que en un momento M.L dice sentir cuando hablan por teléfono y M.L se siente afligida por dar trabajo a L. (la enfermera que la cuida): "Estás un poco triste, le digo, y me dice que sí, bastante triste, con el mismo tono desmayado, opaco" (p. 39). Este fragmento del registro incorpora el *displacer* que conlleva el cuidado en l*s que son cuidad*s, es decir, pone de manifiesto algunos reveses afectivos de esta práctica que están íntimamente ligadas a la vulnerabilidad y a la interdependencia.

En mi breve ejercicio de archivo del cuidado que esbocé al comienzo de este texto, puedo identificar cierta melancolización del cuidado de N y de M. Una especie de conciencia del fracaso de cuidar, un intento de dar nombre a las ataduras afectivas que se produjeron en esas prácticas-sa-

beres. El alivio, la duda, el fastidio, el enojo, la tristeza, la vergüenza, el abandono, el miedo, la risa, el ingenio se enmarañan en el entre de los cuerpos del cuidado.

Fallar

Tanto el registro que nos ofrece Molloy como mi pequeño archivo del cuidado deja entrever la estrecha relación entre cuidado y fracaso que obedece a la imposibilidad de abarcar a l*s otr*s, de saber a l*s otr*s. Sin duda, no se trata de apostar al descuido como horizonte político revolucionario sino, como dice Haraway, de procurar la pregunta ética constante por l* otr*, aun intuyendo el fracaso en esa respuesta. Es, paradójicamente, la posibilidad de ser preguntad*s y la incapacidad de responder de manera totalizada lo que posibilita el cuidado y, a la vez, lo que conduce al fracaso.

Al respecto, Natacha Borgeud-Garciandía plantea que “cuidar es entrar en conflicto –con uno mismo, la propia tolerancia y el cansancio; con las resistencias de los beneficiarios; con la familia o los colegas, con las instituciones, con la organización del trabajo. Y (tratar de) superarlo” (2018:20). Ese “tratar de superarlo” quizás pueda conducir a crear nuevos caminos, otros modos de interrogar e interrogarse, inventar alternativas que no estén dadas de antemano, sino que se entretengan en el cotidiano que implica el vínculo ético con un* otr*, en el quehacer que supone la recreación de un mundo más vivible (Molinier, 2018b).

Jack Halberstam al pensar el fracaso, expresa que “bajo ciertas circunstancias perder, olvidar, desmontar, deshacer, no llegar a ser, no saber, puede en realidad ofrecernos formas más creativas, más cooperativas, más sorprendentes, de estar en el mundo” (Halberstam, 2018:14). Esta creatividad a partir del fracaso se registra en *Desarticulaciones*:

Esa pérdida que podría angustiarme, curiosamente me libera: no hay nadie que me corrija si decido inventar. En su presencia le cuento una anécdota mía a L., que poco sabe de su pasado y nada del mío, y para mejorar el relato invento algunos detalles. L. se ríe y ella también festeja, ninguna de las dos duda de la veracidad de lo que digo, aun cuando no ha ocurrido. Acaso esté inventando esto que escribo. Nadie, después de todo, me podría contradecir (Molloy, Op.Cit.:22)

En el archivo afectivo de cuidado *Desarticulaciones* se nos muestran estrategias creativas de estar con otr*s tanto de la narradora como de M.L.: una registra, otra tantea el espacio con sus manos, una regala alfajores, la otra mantiene los modales, una evoca letras de otro tiempo, la otra poetiza un cuestionario médico, ambas preguntan por quién está siendo l* otr* a cada momento.

De vuelta de Buenos Aires fui a visitarla, le llevé los consabidos alfajores, te traje un regalito de la patria, le dije, extendiéndole la caja. Ay, qué lindo, qué es, contestó extendiendo la mano para recibirla, como un chico ávido. Mirá la caja, le dije, y me di cuenta de que ya la estaba mirando, y me di cuenta también de que ya no podía leer. Alfajores, le dije (...). Vuelvo otra vez de Buenos Aires, voy a visitarla, le llevo de nuevo alfajores. Mira la caja, lee y dice "Havanna" y me pregunta qué es. Le señalo el dibujo del alfajor en la caja y reconoce, alfajor, qué rico, dice, como un chico contento. A los diez minutos, señalando la caja, me pregunta qué es. Ya no puede leer "Havanna" pero, mirando la palabra que precede a la marca dice, triunfante, "Alfonsina". En vano le señalo el dibujo del alfajor (...). Otro regreso, más alfajores. Te traje un regalito de Buenos Aires, le digo una vez más. Abre el paquete, mira la caja, lee en voz alta "Havanna", qué rico, alfajores, dice. (Molloy, Op. Cit.:63-64)

Las escenas de las cajas de alfajores, que parecen repetirse, vuelve evidente el dinamismo de las relaciones de cuidado, que nos presenta un "entre" inconstante y sorprendente, por tanto, un saber sobre l* otr* que nos interpela a la pregunta cada vez. Asimismo evidencia la posibilidad de falla en la performance de la capacidad corporal obligatoria (McRuer, 2017). En este punto, Canseco plantea el nudo entre heterosexualidad y capacidad corporal obligatoria como normas que hacen cuerpos, pero que están siempre en peligro de falla. En sus palabras: "Jamás podemos tener la certeza de que esa capacidad se logre de una vez para siempre; permanentemente estamos en riesgo de que esa capacidad falle (McRuer, 2017), así como la heterosexualidad (Butler, 2007)" (Canseco, 2020:100). Podemos pensar, por ejemplo, el envejecer o la posibilidad de enfermar para constatar la inminencia del fracaso en nuestra capacidad psicofísica. En *Desarticulaciones*, no sólo se registra ese fracaso, a través de la enfermedad de M.L, sino también en su propia corporalidad, al sufrir una fractura que le impide moverse durante un tiempo:

Hace una semana me atropelló una bicicleta y me rompió una pierna. Pasé días en el hospital, atontada por los calmantes, en la nebulosa (...). No me acuerdo de nada (...). En la semana que he pasado desde mi accidente, en la que no he podido moverme mayormente, ni leer demasiado porque no logro concentrarme, la memoria se ha puesto a trabajar febrilmente (Molloy, op.cit: 61-62)

Ahora bien, esta interrupción en la capacidad corporal me devuelve a la pregunta acerca de l*s sujet*s del cuidado, entonces ¿quién/es puede/n cuidar? ¿Podemos pensar la distribución diferencial del cuidado a partir del relato de la enfermedad de M.L? Siguiendo a Butler, podemos afirmar que tod*s somos precari*s, vulnerables y por tanto interdependientes, con necesidad de recibir cuidados. Sin embargo, hay personas más dependientes de cuidado que otras. Para nombrar esta diferencia, Butler (2010) introduce la noción de precariedad. Explica Canseco que “la manera en que una vida es precaria se juega dentro de estructuras sociales específicas. Parafraseando a Orwell, podríamos decir “Todos los cuerpos son precarios, pero algunos cuerpos son más precarios que otros”” (Canseco, 2017:130). Y hace referencia a la experiencia de las personas con discapacidad, dando cuenta de determinados soportes sociales, tecnológicos, mecánicos específicos que se corresponden con una norma previamente dada:

el cuerpo se encuentra sujeto a normas que determinan que actúe de un modo y no de otro, y que ciertas partes del cuerpo hagan ciertas actividades y no otras. La “correspondencia” de cierta parte del cuerpo con cierta actividad le permite a Butler, en ese sentido, reflexionar en torno a morfologías corporales que los cuerpos que transgreden normas raciales, de género o de capacidad, suelen desafiar (Canseco, 2017:132)

En este punto, volvamos a M.L:

Opera impecablemente por deducción, con lo cual compruebo, una vez más, que para pensar razonablemente no es necesaria la razón. Como siempre me pregunta por E. (...) Le contesto, E. está bastante cansada, hoy tuvo un día largo en el juzgado. Por supuesto, me contesta, es verdad que ustedes andan complicadas con ese juicio terrible. No, me apresuro a contradecirla, (...) no, qué esperanza, simplemente tuvo un día largo en el juzgado porque allí trabaja, es abogada. Me parece que la desilusiono. Creo que su explicación, en cierto sentido perfectamente lógica (juzgado, por ende juicio), le gustaba más, era por cierto más dramática.

Recuerdo otro ejemplo de lógica, éste poético. (...) le pedí un día que me contara qué tipos de preguntas le hacían. Me preguntaron qué tienen en común un pájaro y un árbol. Yo, intrigada: ¿y vos qué contestaste? Que los dos vuelan, me dijo satisfecha. Pensé que sin duda la pregunta había sido otra, pero nunca llegué a saberlo. O quizás no. Acaso algo tengan en común, el árbol y el pájaro (Molloy, Op. Cit.:15-16)

¿Cuáles son las normas de la memoria? ¿cómo nos constituimos en soportes sociales hacia cuerpos particularmente precarios? ¿cómo se construye el recuerdo de M.L? ¿cómo se sostiene el relato de la autora?

Interrumpir

*La escritura puede ser un arma
radical de balbuceo y desgarró,
conspiraciones sigilosas que comienzan
apenas se enciende un lugar para la duda,
la intemperie y el problema, esto es,
apenas se enciende un lugar para el deseo*

Morgan Ztardust

La breve novela de Molloy finaliza con el título "Interrupciones", donde aparece aquello que plantea Adriana Cavarero (1997): la atadura radical al relato de l*s otr*s. "No estamos conectados unos a otros por ser seres racionales, sino más bien porque estamos expuestos unos a otros, necesitados de un reconocimiento donde los lugares reconocer- ser reconocido no son intercambiables" (Butler, 2006:77) Concluye *Desarticulaciones*:

Siento que dejar este relato es dejarla, que al no registrar más mis recuerdos le estoy negando algo, una continuidad de la que sólo yo, en esas visitas, puedo dar fe. Siento que la estoy abandonando. Pero de algún modo ella misma se está abandonando, así que no me siento culpable. Casi (Molloy, Op. Cit.: 76)

En este final aparece otra emoción muy ligada a los cuerpos socializados como "femeninos": la culpa. Aquí la culpa emerge como producto de una interrupción, de una sensación de abandono. ¿Quién ha abandonado a quién? Se ha abandonado el registro, el archivo, la escritura. Ese modo de dar cuenta del cuerpo de la otra y del propio cuerpo, de la singularidad de las prácticas cotidianas, de los arrebatos de la (des)memoria. De alguna



manera la novela de Molloy nos obsequia una clave de lectura para mirar el cuidado: como registro, como trazo, como interrupción y como continuidad a la vez. Al referirse a la escritura, flores expresa “terminamos con un texto y el texto termina con nosotr*s, nada de esto es verdaderamente cierto, pero tampoco falso” (flores, 2013: 14). Molloy parece encarnar este pensamiento de valeria flores: ¿quién abandona a quién?

Sin embargo, pensar la escritura como cuidado o el archivo de los cuidados registrado opera politizando esas prácticas y saberes que han estado confinadas históricamente a la domesticidad, como el territorio de lo privado, de lo secreto, de lo feminizado. La escritura de Molloy inventa un modo de sostener una política del cuidado lesbiano que se hace saber, que se hace pública. Al tiempo que sostiene ese vínculo, crea una red, teje un saber público, deja un registro de interpelación al tiempo que interrumpe, en ese gesto, el espacio destinado al ámbito privado, como la emoción de la culpa en las cuidadoras. Crea una comunidad política de cuidados a través de la escritura y profesa una memoria colectiva de un trazo de cultura lesbiana en torno a los modos de cuidar. En este sentido, la interrupción de Molloy constituye una posibilidad de cortar un modo (heterosexual) de pensar y practicar los cuidados, un gesto mínimo pero muy potente de evidenciar al cuidado como praxis política. Expresa flores acerca de la interrupción:

La interrupción es una práctica mal-educada, mal-avenida. Su acto consiste en insertar un corte en una conversación, un modelo, un acto, un movimiento, una quietud, un tiempo...y abrir la posibilidad a otros devenires u acontecimientos, a otras líneas de pensamiento (flores, 2013: 22)

Sin negar la importancia del reconocimiento del trabajo de cuidado que se constituye en un modo de precarización histórica de los cuerpos feminizados, considero que los relatos de Molloy nos desafían a interrumpir una narrativa por demás familiar en torno a los cuidados que se ha sostenido históricamente desde nuestros feminismos. *Desarticulaciones* es, justamente, una invitación a desarticular, torcer, dislocar ciertas miradas sobre la práctica del cuidado que suelen dejar por fuera estas formas singulares de la interdependencia.

La novela de Molloy crea alianzas políticas atemporales mediante el acto del registro, alrededor de la expresión de un vínculo difuso entre cuidador*s, cuidad*s y trazos de escritura, atad*s a un abanico de afectaciones

circulantes que configuran saberes, políticas. Quizás lo que Desarticulaciones viene a interpelar no sea sólo la pregunta acerca de quien cuida y quién es cuidad*, o quien es cuidable, sino ¿qué otros modos de cuidado (lesbiano) pueden desarticular las formas dadas, propias de la heterosexualidad como sistema? En este marco, ¿por qué no pensar en la escritura, en los archivos, en la poética lesbiana como una forma de cuidado; que al construir saber, a la vez guarece?

Nos dice val flores:

Para habitar los umbrales del pensamiento y la escritura, de la ficción política y la práctica educativa, nos apremia una poética, una sensibilidad que desfigure los contornos del parcelamiento de la vida. (flores, 2013: 48)

Tal vez un modo de la ética del cuidado refiera a la pregunta poética por l* otr*, a una poética del cuidado en el relato de l* otr*, a saberes entretreídos en preguntas y respuestas poéticas fracasadas, a abandonarse al devenir vital trazando una política del detalle (flores, 2013).

Referencias Bibliográficas

Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. México: UNAM.

Bourgeud-Garciandía, N. (2018) "Introducción". En Bourgeud-Garciandía, Natacha (compiladora) *El trabajo de cuidado*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fundación Medifé Edita. Disponible en www.fundaciónmedife.com.ar

Butler, J. (2006) *Vida Precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Editorial Paidós

(2010) *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Madrid: Paidós.

Canseco, B. (2017) *Eroticidades Precarias*. Córdoba: Asentamiento Fernseh

(2020) "Sí, ¡cogemos!". Reflexiones en torno a Yes, we fuck! Rossetti, A. Monasterolo, N., Baldo, M. en *Salud mental y Derecho. Lecturas desde el feminismo*.



- Cavarero, A. (1997) *Tu che mi guardi, tu che mi racconti: Filosofia della narrazione*. Feltrinelli, Milan, Italia.
- Cuello, N. (2019) Prólogo en Ahmed, Sara: *La promesa de la felicidad: Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja Negra.
- Cvetkovich, A. (2003) *Un archivo de sentimientos. Trauma, Sexualidad y Culturas Públicas Lesbianas*. Barcelona: Bellaterra.
- Dahbar, V. (2020). "Notas críticas sobre temporalidad queer: Sujetos, afectos y cuerpos posibles". No publicado.
- Dinshaw, C. (2015) Tocando el pasado, en Macón, Cecilia y Solana, Mariela *Pretérito indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado*. pp. 353-374. C.A.B.A: Título.
- flores, v. (2013) *Interrupciones. Ensayos de poética activista. Escritura, política, educación*. Neuquén: La Mondonga Dark
- (2017) *Tropismos de la disidencia*. Santiago de Chile: Palinodia.
- Giorgi, G. (2017) "Prologo" en Dahbar, M.V; Canseco, B. y song, e. ¿Qué hacemos con las normas que nos hacen? Usos de Judith Butler. Córdoba: Sexualidades doctas
- Halberstam, J. (2018) *El arte queer del fracaso*. Barcelona: Egales.
- Haraway, D. (2017). *Manifiesto de Especies en Compañía: Perros, gentes y otredad significativa*. Córdoba: Bocavulvaria Ediciones.
- (2019) *Seguir con el problema*. Bilbao: Edición Consonni
- Mattio, E. (2018) Veneno marica: una desarticulación de las economías emocionales homonormativas. In V Congreso Género y Sociedad: "Desarticular entramados de exclusión y violencias, tramar emancipaciones colectivas".

- Molinier, P. (2018a) El cuidado puesto a prueba por el trabajo. Vulnerabilidades cruzadas y saber-hacer discretos; en Borgeaud-Garciandía, Natacha (compiladora): *El trabajo de cuidado*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fundación Medife Edita, Disponible en www.fundaciónmedife.com.ar
- Molinier, P. (2018b). El "trabajo sucio" y la ética del cuidado. Historia de un malentendido. Dans A. Amaya Urquijo, L-G Arango Gaviria, T. Pérez-Bustos, J. Pineda Duque (éds). *Género y cuidado: teorías, escenarios y políticas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Universidad de los Andes, p. 90-103.
- Molloy, S. (2010) *Desarticulaciones*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Rubin, G. (2018 [1975]). El tráfico de mujeres. Notas sobre la economía política del sexo. En Rubin, G. *En el crepúsculo del brillo. La teoría como justicia erótica* (pp. 5-68). Córdoba: Vocavulvaria.
- Wittig, M. (1992) *El pensamiento Heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Egales.